

LAUREANO ALBAN: *Herencia del otoño* (premio «Adonais» 1979). Colección «Adonais», vol. 369. Ediciones RIALP. Madrid, 1980.

Los primeros valores que percibimos nada más abrir este libro del poeta costarricense Laureano Albán (libro que obtuvo el premio «Adonais» de 1979) es su cuidado ritmo y su lenguaje poético de calidad. Ambas cosas para estimar mucho, porque es hoy harto frecuente la errada creencia de que no son consustanciales a la poesía el buen ritmo y la palabra esencial. Todas las palabras pueden ser poéticas, pero a condición de que estén asumidas por el poeta en un lenguaje propio y vayan cargadas de una significación que se compeza con el conjunto del poema, o dicho de otra forma: siempre que se hallen insertas en un estilo. En cuanto al ritmo, cada vez está más claro que es la única diferencia fundamental del poema en verso y del poema en prosa (Juan Ramón Jiménez nos ha dado en este punto su última lección al preparar *Leyenda*). Laureano Albán hermana también poesía y verso diciendo: «El verso es el rescoldo del prodigio», lo que recuerda un poco aquello de Gerardo Diego: la poesía es el relámpago y el poema es el trueno que le sigue.

Los poemas de Albán están excelentemente escritos. Combinaciones silábicas de once, siete, cinco, que en ocasiones dan versos más largos, como los de doce sílabas, mediante yuxtaposición de cinco más siete. La palabra es cálida, encendida siempre por un destello de sublimación. Los adjetivos poseen valor definitorio. Las imágenes se consiguen (luego veremos la excepción) no con metáforas complicadas, sino con asociaciones originales y sugestivas. Así, el *mar* presenta su «agitada *arquitectura*» o los pájaros «posan ante mis ojos sus *mañanas*». Lo mismo *arquitectura* que *mañanas* son elementos que se corresponden con la visión poética de Albán. Una visión constructivista, que ve la tarde como una *sentina*, los sueños como *espejos*, la espuma como *dedos tenaces*, el aire como *habitación*, el tiempo como *sótano*, el silencio como *umbral*; una visión que ama las cosas reales (sillas, vasos, trajes, pisos, guijarros...), aunque busca donde termina «su oscura certidumbre» hacia trascendencias idealizadas. Y una visión auroral —pese a las cenizas que a veces le muestra el otoño— donde *mañana* es siempre el comienzo de un día nuevo, no un pretendido futuro. Así, los niños son «algarabía que se lanza a aclarar la mañana», con lo puro «el alba crece en el alba», el sueño es «como una mañana» y, cuando se acepta el destino, «se entiende la voluntad total de la mañana». Esta visión auroral no se opone a la comprensión de la muerte como último destello. Es lo puro, y lo hermoso, lo que arde en la trascendencia del día vivido, hacia el *mar*,

que podemos señalar como tercer elemento de esta visión poética. *Mar* como eternidad donde el tiempo, el que «derriba las estatuas» (esto es, el que destruye nuestras realidades), es simplemente «un azul». Y de aquí que resulte resumidor y clave el poema «Certezas de la tierra», donde lo *constructivo* (en este caso *destrutivo*) se une al *mar* y a la *mañana*: la muerte impone al mar nuestra derrota en cada mañana y lo llena de nuestros «pequeños escombros», mientras todo (un todo en el que ya no está sino nuestro recuerdo de lágrimas) persevera en «la urna rota del otoño».

Porque el *leitmotiv* de la primera parte del libro —la que su título justifica— es la comprensión del otoño como una estación vital que dora los sueños y los deseos de trascendencia iluminados por una «claridad agonizante». Esta trascendencia no es metafísica; el poeta sabe, y dice, que «sólo somos tiempo, desprovistos de eternidad». Nuestra plenitud, pues, se colma en la propia naturaleza. Sin cantar directamente a la naturaleza, Albán es un poeta que la asume, y se la siente vivir en su poesía:

*Así así, acércame la vida.  
De un gozo beberé todas las flores.  
Apuraré hasta el fondo claridades,  
rios, delicias del diluvio.  
Las frutas vivas colmarán mis ramas.*

El esplendor y la ceniza de las cosas y de la propia vida tiene su imagen en el otoño. Y esta identidad otoño-vida no es tanto biológica cuanto anímica. El poeta no siente —su juventud no lo justificaría— el otoño en su carne, sino en su alma:

*Hay llamas en la luz,  
tiemblan sus puertas.  
No es nadie, nadie, nadie,  
es sólo el alma del otoño  
reflejada en mi alma.*

Y ¿en qué consiste esa *alma del otoño* para el autor de este libro? Reside en el triunfo momentáneo de la belleza del existir. La luz entredorada, tanto como el amor y el goce de la vida, son más hermosos precisamente por estar a punto de la ceniza. La *herencia del otoño* es la consunción o, si se quiere, para emplear un símbolo del poeta, es *el mar*. Entre el otoño —punto de gloria— y el mar —que relanza la vida tras la muerte— discurre la existencia. Pero aclárese que no se trata de una poesía existencial. Albán no es un poeta existencial,

como ya se dijo que no es un poeta metafísico. No hay filosofía en esta poética, sino lírica pura.

Lírica pura que, en la segunda parte del libro, se inclina a un tema exterior y a un tema abstracto, aunque subjetivamente tratados. El poema de mayor extensión —y quizá de mayor ambición— del volumen es «Hispania», dividido en cuatro partes. En cierto modo es un poema de «el Descubrimiento». Por menos íntimo, se hace más barroco; no se fía el quid del poema a la imantación de la palabra pura, a su simbología recóndita, sino que se persigue cierta orquestación retoricista, tanto con el uso del alejandrino cuanto con la imagen más elaborada:

*Como en las catedrales cuando no queda nadie  
y arañas de silencio descienden por el coro.  
Y los reyes y reinas bajo el mármol crispado  
son una nave de oro que se pudre en la noche.*

Es una descripción vislonaria de la religiosidad renacentista y del espíritu desvelado. Después se contemplan los campos y pequeños pueblos de Castilla la Nueva, con huellas en la toponimia de la frontera árabe. En la parte tercera, la historia rezuma anónima por murallas viejas y polvo de caminos. Esta personal visión del espíritu castellano desemboca en la salida de «un navío en el sol», desde el puerto de Palos. Si en la primera parte del poema se contempla el fuego religioso, en la segunda, el olivo de las tierras fronterizas, y en la tercera, la tierra seca de los pueblos, en la cuarta —la mejor de las cuatro, para mí—, el navío es «de fuego, olivo y arcilla», síntesis de un espíritu de aventura. Dentro de ese navío ve el poeta los elementos del descubrimiento, desde la geografía virgen hasta la lengua «para nombrar amando».

El otro de los dos poemas mayores del libro —y entiéndase mayor por su extensión, ya que entre las piezas breves las hay de gran calidad— es «Tránsito del hombre». Su procedencia del silencio, «izado como un trono de pétalos y sangre»; su acercamiento al misterio: «escucha atento el mar, ciclo y presagio» (ya hemos visto antes cómo, para el poeta, el mar purifica y da nueva vida); su soplo espiritual: «teme ser ángel y por eso cae»; su esfuerzo: «inaugura caminos»; su dolor: «se detiene de trecho en trecho para darse al llanto»; sus ansias: «es todo sed»; sus ritos y mitologías: «ceremonias tatuadas de misterios»; su sensualidad: «trota por madrugadas como estepas sobre la grupa oscura del instinto»; su sentido de perpetuar la especie: «arranca cuerpos nuevos a las sombras»; su capacidad de poesía: «en la invención del canto inventa el mundo»; su amor: «abra-

za y desnuda con besos vencedores el fugaz sol del cuerpo entre las sábanas»; su ferocidad bélica: «destruye los ladrillos de la sangre». Esta última imagen se relaciona con aquellas a que antes nos hemos referido, donde aparece la visión constructiva y material. El motivo central del «Tránsito del hombre» es la muerte que, como en los poemas de la primera parte se ha visto, no deja de imponer su presencia en la poética de Laureano Albán.

El poema final, «Vestigios del otoño», sirve para cerrar el motivo principal del libro:

.....  
entra como un niño  
a los lentos rescoldos del otoño.

Más allá de lo puro y de lo destruido, el poeta salva su verdad.  
LEOPOLDO DE LUIS (*Rodón, 12. MADRID-20*).

## TECNICAS DE COMPOSICION Y DE RELATO EN «EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO»

La aparición en 1978 de *El disputado voto del señor Cayo* puso de manifiesto una vez más que Delibes es uno de nuestros más sólidos narradores. La novela, tal y como en otro lugar he intentado explicar (1), presenta un doble interés: por un lado es una exaltación de la cultura campesina que está en trance de desaparición, sacrificada en aras de un progreso mal enfocado, y por otro lado, trata de una de las señas de identidad de nuestro pueblo, el cainismo. Para relatar la historia, enmarcada en las elecciones de junio de 1977, acude a unas técnicas de composición en las que residen los hallazgos del siempre sorprendente Delibes.

1. La composición de un relato lleva inmediatamente aparejado el problema de la elección de un punto de vista —la figura del narrador (2)— para configurar la historia que, al contarla, va siendo creada. En definitiva, la historia no existe de forma autónoma, sino

---

(1) «Elegía a la muerte de la cultura rural: *El disputado voto del señor Cayo*», en *Arbor* (en prensa).

(2) Cfr. Germán Gullón: *El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976, p. 21.